

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, SETIEMBRE 1º DE 1872.

{ NUM. 19.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL VESTIDO BORDADO.

Mad^{ma}. de Remival, viuda de un abogado famoso, vivía en el barrio del Marais, en donde pasaba su vida con medianas conveniencias en compañía de sus dos hijas Clara y Jenny. La primera tenía facciones regulares, y una talla noble y majestuosa; pero tan bellas cualidades perdían su valor con un aspecto de cara duro y altivo juntamente, anuncio seguro de génio descontentadizo y de un ánimo dominante. La segunda por el contrario, menor de un año, duplicaba el mérito de su hermosa tez y bonita figura con una planta sencilla y recatada, genuinas gracias, y particularmente con un aspecto de rostro que al parecer estaba diciendo: «No estoy formada para lucirlo, todo mi anhelo estriba en ser querida.»

Como madama de Remival no podía por su escaso caudal dar á sus hijas adornos esquisitos, estaban vestidas con trajes los mas lisos y sencillos. Nunca habia bordados, ni la menor flor de mano; un prendido, y un desabillé sin otro mérito que su aseo, calzado de mahon ó cabritilla, pero curioso, medias de algodón, y un pañuelito blanco de lana: tal era

la vestimenta ordinaria á que tenia habituadas á sus dos hijas.

Jenny, contenta con su suerte, y no anhelando por otras galas, era siempre buena, divertida, y hacia las delicias de su madre, que le parecía proporcionar á su hija cuanto su escasa fortuna le permitía.

No sucedía lo mismo con Clara. Como era altiva y presumida, sufría en su interior con la llaneza á que la reducían. Cada día se volvía mas y mas pensativa, impaciente, y de una dureza que se hacia tanto mas notable, cuanto mas contrastaba continuamente con las gracias de su hermana.

¿Iban á un paseo? Clara hacia reparar á Jenny que fulanita, de medianas conveniencias, llevaba un sombrerillo muy majo, y que zitanita tenia un pañuelo bordado y guarnecido de encaje. «En cuanto á nosotras, vestidas siempre de lo mismo, y privadas de los adornos mas sencillos, añadía con despecho, apenas nos miran, ni somos conocidas en el barrio.....—¿Qué cuidado te dá? le respondía Jenny riéndose; nadie nos quitará el ser hijas de un hombre célebre. Nuestra educacion no vale menos que la de todas esas petrimetrillas ocupadas del todo con su presuncion, y que á pesar de todo su boato no poseen quizá tantas habilidades como noso-

tras. Por lo que hace á mí, prefiero mi llaneza á todo ese oropel de flores y bordados; y como no tengo nunca cosas finas que ajar, puedo correr, saltar, y bailar á mi antojo. No cambiaria mi buen humor por los sombrerillos mas bonitos del mundo, ni por las mas esquisitas batas.»

La suerte, que se complace frecuentemente en favorecer la modestia, mientras que castiga, y dá en que pensar á la soberbia y ambicion, quiso que en la familia de madama de Remival se contrajese un matrimonio de etiqueta, y entre gente de alta clase. Un pariente suyo, asentista muy acaudalado, cuya casa estaba en uno de los mejores barrios de la Chaussée d'Antin, se casaba con la hija de un empleado público, y debia reunirse en la boda cuanto encierra Paris de mas opulento. A ella fué convidada igualmente madama de Remival con sus dos hijas.

«No podemos aceptar, dijo al punto Clara; pues necesitaríamos de unos adornos que nuestra madre no está probablemente en ánimo de concedernos.—¿Por qué no? replicó alegremente Jenny. Es conocido nuestro corto caudal; una decente sencillez es cuanto pueden exigirnos; por lo que á mí toca, me propongo por cierto bailar mucho; y madre nos quiere tanto, que no nos privará de este gusto, de que gozamos tan de tarde en tarde, y por el cual

me muero.—Pero hermana, repuso Clara, ¿crees que nuestras medias de algodón, y vestidos de lienzo, no parezcan bien mezquinos y ridículos en medio de los lucidos adornos que tendremos al lado? Me recelo que hemos de hacer reír á costa nuestra; y nos tomarán por algunas mozuelas que se hayan hecho venir de una aldea para divertir á los concurrentes.—Me alegraría por cierto, replicó Jenny, de que se atreviesen á tratarnos de ese modo; yo les probaría que las pequeñas aldeanas son tan arrogantes como las guapas de la Chaussée d'Antin, y sabría reirme todavía mejor á costa suya, de lo que podían hacerlo ellas á la nuestra. No soy mala, como todos lo saben muy bien; pero soy aficionada á divertirme con las ridiculeces.»

Se acercaba el día de la función. Clara se desatinaba, y su presunción formaba ya mil planes para eximirse de parecer en una reunión que había de ser tan numerosa como escojida. Finalmente, en la víspera de tan temido día aparentó estar indispueta, y declaró que no podía ir al baile de la Chaussée d'Antin. Jenny, aunque con mucha curiosidad de concurrir á esta boda, sintió menos todavía la privación de ella, que ver alterada la salud de su hermana, á la que de veras creía enferma, y se mostró muy solícita en su asistencia.

Madama de Remival, que estaba estudiando continuamente el génio de Clara, proyectó enmendarla de su excesiva soberbia; pero con tantas precauciones y miramientos, que la doncella atribuyese al acaso lo que sería obra únicamente del amor materno.

Al hallarse ocupada con Jenny en aliviar á la fingida enferma, entra un mozo encargado, decía él, de entregar un paquete en que había un vestido bordado muy hermoso, que puesto en lotería, pertenecía al primer número de los que habían salido en el último extracto de Paris, y que se sabía hallarse en poder de madama de Remival. Esta señora, aparentando al punto su sorpresa, hizo creer á sus hijas, que en efecto, á ruegos de una vecina había tomado una cédula de esta lotería. Fué á buscar, pues, en su papelería la supuesta cédula que ella había cuidado preparar de antemano, la entregó al mozo, y aparentó la mayor alegría por la buena fortuna que había tenido. Abren de prisa el paquete, en el que se halla efectivamente un vestido de muselina de Indias, acabado de quitar del bastidor, y cuya bordadura era del último gusto. Ya Clara olvidada de que se suponía enferma, examinaba aceleradamente la bata, y daba á entender en sus ojos toda la felicidad que tendría en poseerla.

«¡Qué lastima, dijo madama de Remival, que no podamos dividir en dos ese vestido! hubiera sido para vosotras, hijas mías.—Madre, replicó Jenny, sería demasiado guapo para nosotras; y espero que usted lo lucirá mañana en la boda de nuestro pariente, aunque me costase trabajar toda la noche para hacerle.—¡Yo, replicó madama de Remival, iría ahora á rebujarme con bata tan maja, cuando há tanto tiempo que hice voto de andar lisa! No, no, jamás me pondré ese vestido bordado; pero ya que la buena suerte le trae á mi poder, añadió con alguna intencion, será para aquella de vosotras dos á quien favorezca esta misma suerte: sortead, y aquella por la que ella se declare, llevará mañana este primoroso vestido.—En hora buena, gritó Clara con una fuerza y prontitud que daban indicios del mas vivo deseo.—No, replicó Jenny, no sorteemos; en los ojos de mi hermana estoy leyendo que esa bata podría acelerar su cura, y le cedo todos mis derechos con el mayor gusto.—¿A qué viene eso, repuso Clara como violentada? madre lo ha dispuesto así, y debemos sortear.—¡Ah! respondió Jenny, sabes muy bien que la mucha compostura me fastidia y sirve de estorbo. Ese vestido te conviene mejor que no á mí; y eres por otro lado mi hermana mayor. Vaya, Clara, cede á mis ruegos, y pongamos manos á la obra. Te presentarás mañana en la función tan bien puesta como la primera; y espero que pruebes á las petimetras de la Chaussée d'Antin, que es suficiente un vestido bordado para igualarlas, y aun sobrepujarlas en gracias.»

(Continuará.)

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Arriba de todos los séres está Dios, el Criador de todos ellos, quien despliega ese manto de estrellas y cambia la noche por la rosada mañana. A lo largo de las líneas de oro, marcadas por su mano todopoderosa, hace mover el sol, y hace voltear la máquina de la creación por un camino estrictamente marcado.

Pero por vías aun mas desconocidas, gobierna la sangre del corazón del hombre, le deja alternar entre deseos y penas, sentir el pesar y la alegría; nos dá como bienes espirituales, el dominio sobre nosotros mismos, para formar nuestro mundo interior; nos deja el peligroso don del libre albedrío, el cual nos traerá una maldición ó una bendición.

Los planetas giran en derredor del sol, vemos á las estrellas cercarlos, y el Océano permanece sobre la tierra. Mirad los mundos balanceándose, ruedan en inconmensurables círculos. Mirad la montaña, la yerba y el árbol; elevarse hácia el espacio.

El planeta gira en un círculo fijo. Pero el hombre no lo siente. Espléndidas son las nobles guirnaldas que la virtud teje para el hombre. Ellas enlazan los pueblos y los corazones, consagran la santa llama del amor, y el divino entusiasmo eleva el corazón humano á lo mas alto.

Arriba, donde brillan los mundos, prevalecen las leyes de la sabiduría y del poder, y pasan por turno, el invierno y la primavera, las noches y los días. Justa y sábiamente ordenadas, atraviesan el cielo las estrellas, la gota de agua toma su forma y ruge el mar con poderosa fuerza.

Pero las estrellas no conocen la sabiduría que las dirige, y esperan ciegamente la hora de aparecer; pero en los hombres, arde y brilla la chispa de la libertad natural. Obedecen, cuando conocen la ley; y dirijen atrevidamente por el mar de la inmensidad, con la vela de sus conocimientos izada, su errante bajel terrestre.

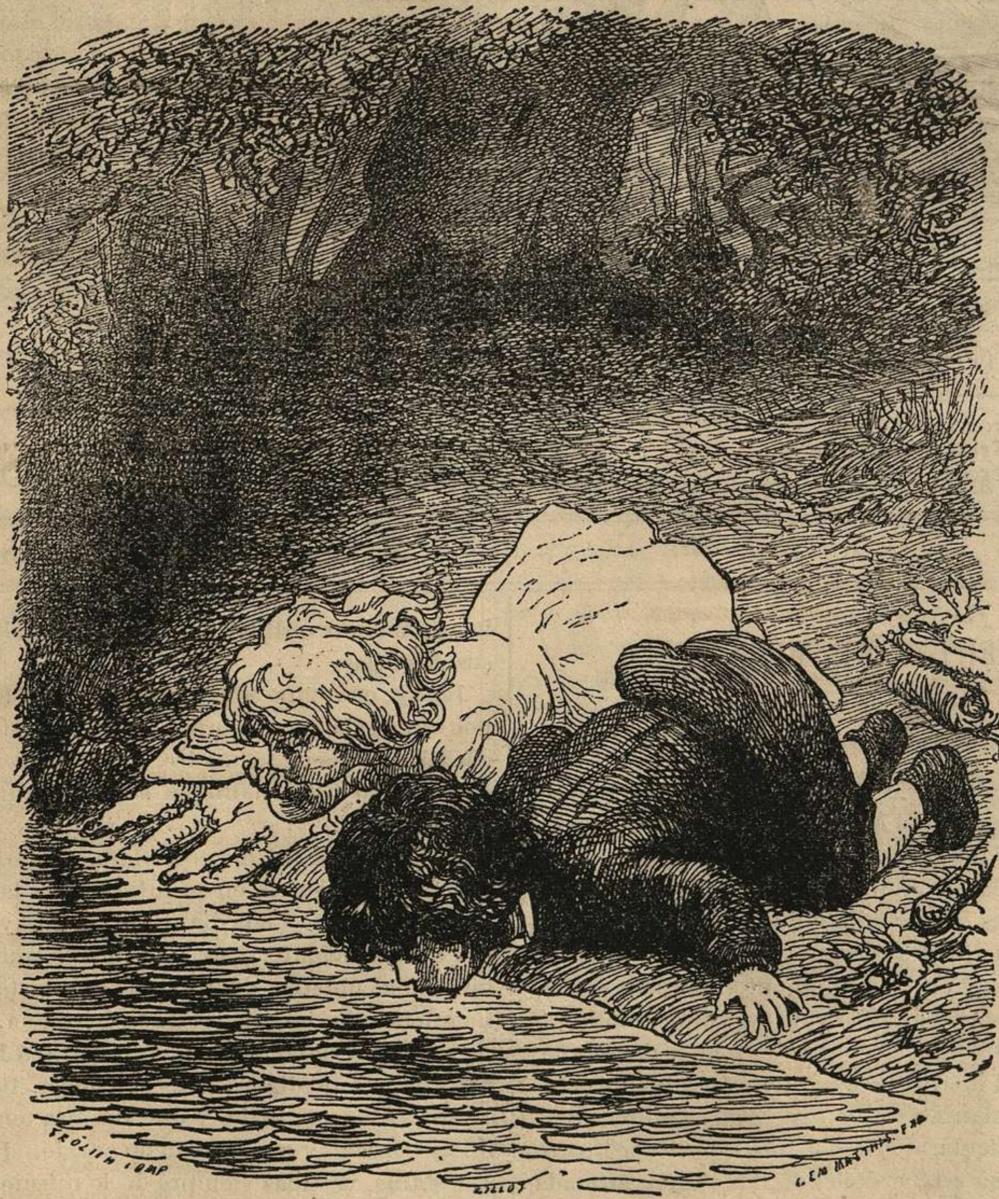
Muerte y vicisitud, son las palabras que rigen aquí, en el tiempo y en el espacio; sobre las puertas de este templo terrestre está escrita la palabra «Brevidad.» Como caen las hojas de los árboles, así un día, en la altura de los cielos, en turbulenta tempestad de dolor, el sol, la luna y las estrellas, perecerán.

El alma del hombre se mantiene mas allá de la muerte y la destrucción. Aunque los soles se sepulten en el caos, el espíritu se eleva en su poder sobre ellos, y busca su habitación, su morada prometida, con que el poderoso Juez le recompensará por lo que sufrió en esta prisión temporal, mientras estuvo condenado á la naturaleza terrestre.

¿Y te arrastras en el polvo de la tierra, hermoso espíritu, creación de Dios! ¿No sientes la fuerza creativa que te impele amorosamente hácia arriba? ¿Y caerás tú, olvidado de tu grandeza, caerás indignamente desde el seno de las nubes en el cenagoso abismo del placer?

Llama en tu corazón el poder que te ha levantado sobre las cosas de la tierra. Por gracia y por voluntad, reconoce el camino del tiempo á la eternidad. ¿Lo destruirás locamente, levantándote contra tí mismo? ¿Podrías olvidar, falto de fé, la alta vocación á que te destinó el todopoderoso Legislador? —MORIS (Poema.)

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XXIII

Al sordo se lo dijeron: dejar el *Sancho* en la orilla, quitarse el sombrero, y ponerse de pechos sobre el agua, fué obra de un instante; y en seguida bebió hasta que no pudo mas, habilitando de vaso el hueco de su manecita. No se anduvo Fernando con tantos cumplimientos, y bebió directamente

pegando la boca al río; tras lo cual, decidieron por unanimidad: que cuantos han encomiado hasta ahora el agua del Nilo, se han quedado cortos. Nunca han bebido nuestros viajeros una agua tan deliciosa; verdad es que nunca habían tenido tanta sed!.....



XXIV

Ya se refrescaron, ya apagaron la sed; ahora lo que importa es atravesar el famoso y sagrado rio. En su origen, no habia de ser muy profundo que digamos, tanto que Fernando cree que muy bien podrán vadearlo. Con todo, para mayor seguridad, comienza por sondear la corriente con el báculo; y

entre tanto, Elena, conforme á sus instrucciones, se quita zapatos y medias, para no mojarlos. Como ustedes ven, Fernando cuida con todo esmero á su tierna compañera de viaje; lo cual hay que tenerlo muy presente, para honra suya y ejemplo nuestro.

(Continuará.)

TAL PARA CUAL.
(FABULA.)

Deslumbrada con las galas
De una camelia preciosa,
La versátil mariposa
Plegó sobre ella las alas.
—¿Qué buscas insecto aquí?
Dijo con indiferencia
La flor.—«Yo busco la esencia.»
—«Pues no la hallarás en mí.»
—«Hay en tu tallo calor;
Hay en tu cáliz frescura;
Hay en tu rostro hermosura;
¡Dentro de tí, no hay amor!»
—En mí no se encuentra nada;
Vivo á todo indiferente;
En mí todo es aparente;
Tengo una vida prestada.
—Yo corro de flor en flor
Buscando el sabroso jugo;
De mi corazon verdugo
El pecho cierro al amor.
—Yo no tengo corazon
Y gozo con mi belleza;
Me formó naturaleza
Para adorno de salon.
—Yo busco las impresiones
Pasajeras, del momento.
—Y yo, ajena al sentimiento,
Me burlo de las pasiones.
—Trato al amor con desvío
Y vivo en el mundo bien.
—Pago el amor con desden;
Mariposa, el mundo es mio.
—Entonces ¿quién goza mas?
¿Yo en continuas emociones
O tú ajena á las pasiones?
—Mañana me lo dirás.

—La vejez veré llegar
Cansada de muertas glorias;
Viviré de mis memorias,
Y algo tendré que contar.
Para tí llegaré en pos
De la belleza el desvío.
—Mariposa, el mundo es mio.
—¡Ay! ¡el mundo es de las dos!»

*Si abusas de la pasion,
Llegarás á no sentir;
Mas no debes prescindir
Tampoco, del corazon.*

LA MURMURACION.
(FABULA.)

Hay en frente de casa
una cotorra,
Que á todo el vecindario
nos alborota:
Llama á Pablo y á Pedro,
á Luz y á Rosa;
Sabe cómo en el barrio
todos se nombran;
En su charla maldita,
ó gerigonza,
A Juan le llama pillo,
y á Paz ladrona.
Al verse apostrofado,
Juan se incomoda
Y le abre la cabeza
con una porra.

*Hay en todos los barrios
murmuradores,
Que el castigo merecen
de la cotorra.*

LAS FLORES.

Voy á hablaros un poco, mis queridos lectores, de esos pequeños y fragantes seres, que muchas veces habeis admirado tanto por sus variadas formas, como por sus suaves y delicados matices. Voy á hablaros, en una palabra, de las flores. No creais que os voy á declarar los nombres con que las designa la ciencia, ó á daros los pormenores de su desarrollo y de su vida. Nada de eso es ajeno de vosotros; si os hablo de ellas, es porque son hermosas, y yo quisiera que vosotros todos fuérais amantes de lo bello. Acaso muchas veces las habeis destrozado despiadadamente, sin saber que entre ellas y vosotros, hay muchos puntos de contacto; sí, algunos de vosotros tambien sois flores.

¿Qué seria la tierra sin las flores? Imaginad por un momento que estais en el campo, que no hay flores; por supuesto, tampoco hay mariposas, porque, ¿adónde si no en su cáliz hallan ellas su alimento? ¿No os parece que seria muy triste el campo, privado de su mas bello adorno? ¡Cuánto mas lindo es así, esmaltado con fragantes flores, que embalsaman el ambiente que se respira allí! ¿Qué seria de él si careciese de esas blancas azucenas, tersas y cándidas como la frente de algunos niños? ¿Qué pareceria si le faltasen las rosas purpurinas, remedo de vuestros puros labios? Y las flores azules, ¡qué lindas son! ¿no es verdad? Hay una que los cristianos llamamos poéticamente «Manto de la Virgen.» En efecto, así, de ese bellissimo azul, debió de ser el manto de María. ¿Os agradan las flores, y sobre todo las flores azules? Os agradan, imposible es que no. Si parece que brotan de la tierra para hablar á nuestro corazon, recordarle su patria primitiva, para decirle: «mira, levanta al cielo tus ojos, es azul como mis pétalos.»

Hay una pequeníssima flor, (azul se entiende) que se conoce con el nombre de *myosotis*; pues bien, ¿qué tenemos con eso? me replicareis acaso, no la conocemos; si no nos la mostrais, poco importa que sepamos su nombre. ¡Cómo! ¿conque no conocéis el *no me olvidés*? ¡Ah, sí! le conocemos, es una flor chiquita, azul, sin aroma, bonita como todas, pero nada tiene de particular, me contestareis. Pues sí tiene, y bien que tiene. Sí, señoritos, tiene una historia tiernísima. Escuchad.

Una tarde de primavera se paseaba una mujer á orillas de un torrente, en Alemania. Llevaba á su hijo de la mano, y le hacia contemplar las bellezas de la tarde y de la naturaleza. Escuchad con atencion: hablo de un niño como vosotros, y esto debe interesaros. Paseaban, pues, madre é hijo, cuando aquella ve, á la orilla del torrente, una florecilla azul, que era desconocida para ella. El niño, deseando complacer á su madre, se separa de su lado, se dirige á la flor, la toma, pero..... ¡desventurada madre! el niño siente que se resbala, quiere asirse de la planta, pero ella cede á su peso y cae con él en el torrente. La madre se acerca, estiende sus manos; pero solo tropieza con la mata de *myosotis*, que su hijo le arroja procurando luchar con la corriente, y gritando á su madre: «no me olvidés!»

Cuando veais el *myosotis*, recordareis este episodio. Al mirarlo, tambien debeis recordar las lecciones de amor filial que os dá este niño; él se arroja á la muerte por querer complacer á su madre, y la dedica su última frase y su última mirada.

Agosto 14 de 1872.

A. L.

LA TRACION.
(FABULA.)

Ayer un alacran en la alacena,
Con una cucaracha se encontró,
Y viéndola temblar, de espanto llena,
la ponzofia escondió.
«¿Cómo vá, cara amiga?» le pregunta,
Y su melfluo tono al escuchar,
Se dá la cucaracha por difunta
tratando de escapar.
Le cierra el paso con traidor intento.
—«Ven, dice, no te quiero sorprender;

Unidos por el mismo sentimiento,
nos vamos á entender.

—Eres turco, responde, y no te creo.

—Desecha, buena amiga, ese temor;
Voy á explicarte claro mi deseo,
que conviene á los dos.

«La existencia que arrastras, es inquieta,
Pues no puede tranquila ser feliz;
Tu famélico diente no respeta,
ni queso ni pernil.

Viviendo sin zozobra y sin afanes,
Astuta robarás para los dos,
Y yo contra los otros alacranes,
te daré proteccion.»

La cucaracha acepta convencida,
Y al acercarse al pérfido alacran,
De un golpe fiero la dejó sin vida
su ponzoña mortal.

Mas su victoria no gozó el malvado,
Que el ama entonces la alacena abrió:
Al verlo pega un grito, y el criado
allí lo espachurró.

*Huye de toda seducción que trata,
De arrastrarte con ella á sucumbir,
Y no olvides que aquel que á hierro mata,
á hierro ha de morir.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO V.

Del aseo para con los demas.

XXIII

No permitamos que otro, por ignorancia, tome en sus manos ni en su boca objeto que nosotros sabemos no debe tomar segun las reglas aquí establecidas.

XXIV

Es incivilidad el tener á la vista aquellos objetos de suyo asquerosos, ó que, sin serlo esencialmente, causan sin embargo una impresion desagradable á alguna de las personas que nos visitan; y todavía lo es mas el escitar á otro á verlos ó á tocarlos con sus manos, sin que para ello exista un motivo á todas luces justificado.

XXV

Tambien es impolítico el escitar á una persona á que guste ó huela una cosa que haya de producirle una sensación ingrata al paladar ó al olfato. Y téngase presente que desde el momento en que se rehusa probar ú oler algo, sea ó no agradable por su naturaleza, ya toda instancia es altamente contraria á la buena educacion.

XXVI

Si, como hemos visto, el acto de escupir es inadmisibile en la propia habitacion, ya puede considerarse cuánto no lo será en la ajena. Apenas se concibe que haya personas capaces de manchar de este modo los suelos de las casas que visitan, y aun las esteras y alfombras con que los encuentran cubiertos.

XXVII

Personas hay que, no limitándose á escupir, pisan luego la saliva de modo que dejan en el suelo una fea mancha. Este es tambien un acto del todo contrario al aseo; pero á la verdad, menos imputable á los que lo ejecutan, que á los autores que lo recomiendan como una regla de urbanidad.

XXVIII

Al entrar en una casa, procuremos limpiar la suela de nuestro calzado, si tenemos motivo para temer que á ella se hayan adherido algunas suciedades; y

al penetrar en una pieza de recibo, frotamos siempre el calzado en un ruedo ó felpudo que encontraremos en la parte exterior de la puerta, á fin de que nuestras pisadas no ofendan ni lijeramente el aseo de los suelos. En estas operaciones seremos todavía mas prolijos y escrupulosos en tiempo de invierno, y siempre que hayamos transitado por lugares húmedos ó enlodados.

XXIX

No es lícito presentarse en sociedad inmediatamente despues de haber fumado; pues ademas de ser insoportable el olor que entonces despide la boca, el vestido y todo el cuerpo, este olor se trasmite necesariamente á todas las personas á quienes se dá la mano.

XXX

Todavía es mas incivil el entrar fumando á una casa, aunque en ella no haya señoras, y por grande que sea la confianza que tengamos con sus dueños. De este modo no solo nos hacemos molestos con el humo del tabaco, sino que tenemos que incurrir en la falta de escupir, y en la de dejar en la casa los fétidos cabos de los cigarros, la cual nos será ciertamente tolerada, pero condenada siempre interiormente aun por nuestros íntimos amigos.

[Continuará.]

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XIII

EL COCO SE LLEVA Á PAQUITA.

¡Dios mio, qué gritos oigo! Es una niña..... Pero ¡qué es lo que veo! el Coco se la lleva: pobre niña, ¿qué será de ella?

No se compadezca usted de esta niña, porque es una revoltosa..... Cuando no se le dá pronto lo que ella pide, patalea, grita lo mas recio que puede, y se encoleriza horriblemente. Alguno ha dicho á su madre que, si Paquita no se correjia de su terquedad, moriría en un arrebato de enojo, pues que es una pasión que dá muchas veces la muerte. Desde entonces se dá á la niña todo cuanto quiere.

Paquita, que no deja de tener alguna penetracion, ha conocido la condescendencia que se tiene con ella, por cuyo motivo se ha vuelto mas impertinente, de suerte que muerde, pellizca, araña hasta hacer salir sangre á cualquiera que resiste á sus caprichos. De quince dias á esta parte, sobre todo, es tan traviesa que parece un dragon. Su padre llegó ayer del campo; y es tanto lo que ella ha cambiado, que no la reconoció; lo que no es estraño, porque todas las niñas tercas se vuelven tan feas, que hacen temblar.

Esta mañana, Paquita jugaba con Anita: esta se entretenia en peinar tranquilamente su muñeca. Paquita queria verla: Anita la ruega que aguarde un instante, y ved ahí que de un golpe la traviesa Paquita la arranca de entre las manos de su amiga, y le dá á ésta de golpes con toda su fuerza.

Anita corrió á quejarse llorando, y el padre de Paquita, muy mal contento ya de ella, llamó al Coco, quien vino al instante por la chimenea. Lo estais viendo, él se lleva bajo sus brazos á la traviesa Paquita, la que probará un azote de importancia, y no volverá tan pronto como se cree.

PARÁBOLA SOBRE EL AMOR FRATERNAL.

En aquellos tiempos no habia herreros en toda la tierra. Y los mercaderes de Madion pasaban con sus camellos, llevando especias, mirra, bálsamo y herramientas de hierro.

Y Ruben compró un hacha á los mercaderes Ismaelitas; la pagó cara porque en la casa de su padre no habia ninguna.

Y Simeon dijo á su hermano Ruben: te suplico me prestes tu hacha. Pero Ruben lo rehusó y no quiso.

Y Leví le dijo tambien: Hermano mio, préstame tu hacha; y Ruben se la rehusó del mismo modo. Entonces Judas se dirigió á Ruben y se la pidió

de este modo: tú me amas y yo te he amado siempre, no me niegues que me sirva de tu hacha.

Pero Ruben le volvió la espalda rehusándosela como á los demas.

Ahora bien, sucedió que estando Ruben cortando leña en el borde del rio, su hacha cayó en el agua y no pudo volverla á hallar.

Simeon, Leví y Judas, habiendo enviado un mensajero con dinero al país de los Ismaelitas, cada uno compró un hacha.

Entonces Ruben dirigiéndose á Simeon le dijo: ¡Ay! yo he perdido mi hacha, y mi trabajo ha quedado á medio hacer; te suplico que me prestes la tuya.

Y Simeon le respondió: tú no has querido prestarme tu hacha, tampoco yo te prestaré la mia.

Entonces Ruben fué á donde estaba Leví y le dijo: Hermano mio, tú sabes la pérdida que he hecho y la posición en que me hallo: ten la bondad de prestarme tu hacha.

Y Leví le recordó su mala accion, diciéndole: tú no quisiste prestarme tu hacha cuando la deseaba, pero yo quiero ser mejor que tú, y te prestaré la mia.

Y Ruben se resintió de la reprension de Leví, y lleno de confusion se alejó de él, y no tomó el hacha; pero fué en busca de su hermano Judas.

Y cuando llegó á su presencia, Judas conoció por su situacion embarazada que estaba descontento y avergonzado: Hermano mio, le dijo, sé lo que has perdido; ¿pero para qué aflijirte? ¡Veamos pues! ¿No tengo yo un hacha que puede servirnos á ambos? Te suplico la tomes, y hagas uso de ella como si fuese tuya propia.

Y Ruben se arrojó á su cuello, y le abrazó llorando, y le dijo: tu complacencia es grande; tu bondad en olvidar mis faltas es aun mayor; tú eres verdaderamente mi hermano, y puedes contar que te amaré mientras viva.

Y Judas le dijo: Amemos tambien á nuestros hermanos: ¿no somos todos de la misma sangre?

Y José vió todas estas cosas y las contó á su padre Jacob.

Y Jacob dijo: Ruben ha obrado mal; pero se ha arrepentido. Simeon tampoco ha obrado bien, y Leví no está enteramente exento de faltas.

Pero el corazon de Judas es el de un príncipe. Judas tiene el alma de un rey. Sus hijos se prosternarán delante de él; y reinará sobre sus hermanos.

LA JOYA MILAGROSA.

(FABULA.)

Hay, segun los navegantes
Allá lejos un país,
Cuyos pobres habitantes
Andan á todos instantes
Con sus bienes en un tris.

Ya un espantoso huracan
Hace en la cosecha riza,
Ya sepultura le dan
Las piedras, lava y ceniza
De un repentino volcan.

Los de ilustre jerarquía
Y los míseros gañanes,
Todos viven entre afanes,
Recelando cada día
Terremotos y huracanes.

Para auxilio en tales daños,
Entrega el comun Señor
Allí á cada morador,
Ya desde sus tiernos años,
Una joya de valor.

Y tales prodigios obra
La joya á los niños dada,
Que con ella todo sobra,
Y sin ella no se cobra,
De lo que se pierde, nada.

Sin embargo, aquella gente
Se echa tanto el alma atras,
Que es la cosa mas frecuente
Perder la joya escelente,
Y no recobrarla mas.

Causará sin duda espanto
Su locura; pero ¡qué!
Nada igual aquí se vé?
¿No hacen muchos otro tanto
Con la joya de la fé?

Y sus luces, en verdad,
Son las que nos guian solas
A puerto de claridad,
En la noche y en las olas
De la ruda adversidad.